

## COLABORACION Y LIBERTAD IGNACIANA

*Resumen: El autor pronunció esta conferencia ante la Consulta de Roma de 2002, «Ejercicios y asociación». Como promotor nacional de las CVC desde 1971, él y un grupo comprometido establecieron que la formación de guías era la cuestión crucial. Elaboraron un programa que estimulaba la colaboración entre los jesuitas y los laicos. Con el tiempo, esta colaboración ha modificado los papeles clerical y laical, enriqueciéndolos. Las CVC han dejado atrás gradualmente la política y han vuelto a la oración y al discernimiento. Estos desarrollos desafían a los jesuitas en el apostolado y en su vida comunitaria. Los jesuitas se identifican demasiado fácilmente con un movimiento. La libertad ignaciana significa amor cristiano.*

### 1. Formación espiritual

62

Cuando comencé en 1971 como promotor nacional de las CVC en Alemania, encontré un grupo de mujeres comprometidas, que querían dedicar su vida a la promoción de las CVC. Hildergard Ehrtmann, una de esas mujeres, había entrado en contacto con dos iniciativas de renovación de las asociaciones en Estados Unidos y en Canadá, y llevó dicha experiencia a Alemania. Mi primer paso como promotor consistió en crear un tipo de deliberación comunitaria con esas mujeres para determinar cuál era nuestra tarea prioritaria. Establecimos que era la formación de guías (para los Ejercicios Espirituales, para la dirección individual y para la guía de los grupos de las CVC).

Las mujeres se sentían tan comprometidas como yo a vivir el carisma ignaciano. Nos complementábamos mutuamente: ellas aportaban su competencia en los diferentes campos (psicología, administración y organi-

zación), y yo las mías (teología y espiritualidad ignaciana). La tarea prioritaria que habíamos detectado se materializó en un programa de formación para guías (formación permanente), que se ha aplicado repetidas veces. Fieles laicos, sacerdotes seculares y jesuitas han participado en los cursos de formación, compartiendo sus experiencias personales. Una vez terminados, se han dedicado a formar equipos de guías para los diferentes tipos de retiros y cursos. El equipo estaba compuesto normalmente por un sacerdote jesuita o diocesano, y una mujer, a veces por una pareja. La experiencia que han compartido durante el curso ha constituido la base para su trabajo de grupo. A partir de 1973 se ha adoptado ese mismo modelo en el ámbito internacional de las CVC.

Muy pronto ha sido patente la importancia del elemento laical en las actividades de retiro y de dirección espiritual. Las vivencias de los laicos en el ámbito familiar y profesional, así como sus compromisos sociales y parroquiales, han completado lo que podríamos dar nosotros, jesuitas y sacerdotes que nos ocupamos profesionalmente de la espiritualidad y vivimos una vida célibe. Además, ha sido muy significativa la presencia del elemento femenino. Muchos sacerdotes, jesuitas y seminaristas, han optado por una mujer como directora espiritual.

Gracias a este desarrollo, los papeles han comenzado a cambiar. El sacerdote ya no era el líder competente en todo, que comprometía a los fieles laicos en una actividad limitada, más o menos organizada. Ya no era el único especialista que enseñaba autorizadamente cómo debía vivirse la espiritualidad ignaciana. Eran otros los que compartían la responsabilidad de la autenticidad de lo que es ignaciano. Por otra parte, se ha acentuado su papel como sacerdote. En una celebración eucarística en torno a la mesa, ya no es el celebrante quien dirige la liturgia, sino que es una celebración compartida. El sacerdote participa como lo hacen los demás. Puede organizar la participación, aunque esto no es esencial. Pero cuando inaugura la liturgia, saluda a los participantes en nombre del Señor y pronuncia la consagración con las palabras de Jesús, su función única como representante ordenado de Cristo se percibe con mayor claridad.

*la cuestión principal es:  
¿quién define qué es la  
espiritualidad  
ignaciana?*

Este es también el caso de otro sacramento: el sacramento de la reconciliación (antes conocido como confesión). Muy a menudo los ejercitantes se abren a un guía laico, como lo harían con un sacerdote. Así, el guía laico y el sacerdote llegan a ser servidores en el proceso de reconciliación. Desde esta perspectiva, hay que esforzarse por descubrir el propio pecado y superar la vergüenza de admitirlo. Podéis considerarlo ya como una parte del sacramento. La celebración del sacramento con un sacerdote añade la confirmación de la reconciliación. En esta celebración con el sacerdote la atención se desplaza de la confesión de los pecados a la celebración del perdón.

## 2. Dirección

Otro campo de la asociación fue la dirección en las CVC. Desde que se han adoptado los nuevos Principios generales en 1967, el sacerdote ya no es el presidente, sino el asistente. El presidente de un grupo de las CVC es un laico elegido. En el ámbito regional, nacional e internacional el presidente laico y el sacerdote asistente han formado un equipo juntamente con los consultores elegidos.

A pesar de este cambio de constituciones, ha habido una pequeña diferencia al comienzo. Era el sacerdote, en general un jesuita, quien dirigía de hecho. Pero a lo largo de los años los programas de formación han dado fruto en muchos países. Han sido designados los laicos que han hecho los Ejercicios espirituales y han recibido una formación ulterior. Han sido capaces de coordinar a los jesuitas de múltiples modos. Han asumido seriamente su responsabilidad.

Ha habido también otro desarrollo. Durante los primeros años las juntas de las CVC han funcionado de modo análogo a un grupo administrativo o a una comisión parlamentaria: se elaboraba una agenda, se discutían cuestiones, se intercambiaban opiniones y, por último, se llegaba a una decisión a través de una votación. Esas juntas se han transformado después en comunidades directivas. Se han descubierto y adoptado procedimientos para tomar decisiones comunes. La oración no era una decoración formal al comienzo y al final de una sesión, sino un elemento esencial. Se recurría a la

deliberación común. Cada miembro de esas comunidades directivas ha compartido la responsabilidad tanto en la toma de decisiones como en la aplicación de las mismas.

### 3. Problemas, tensiones y obstáculos

La cuestión principal es: ¿quién define qué es la espiritualidad ignaciana? Tras la formación, cada jesuita desarrolla su perfil propio en la práctica y en la concepción de lo que es ignaciano. Por lo general entre los jesuitas, la espiritualidad y su práctica forman parte de la esfera privada. Se trata de un modo que los jesuitas usamos para evitar que la rivalidad se insinúe en nuestra experiencia más santa. Esta situación causa muchos problemas:

1. A los jesuitas se los identifica a menudo con el movimiento laico al que sirven. Algunos jesuitas tienden a proyectar sobre ellos la imagen que tienen del movimiento. Y viceversa: otros jesuitas proyectan sobre el movimiento la imagen que tienen del jesuita implicado. En general, hablando de modo informal, se comparte este tipo de sabiduría con amigos y colegas. Precisamente los movimientos laicos y sus miembros sufren este comportamiento irresponsable. Se han sentido como un apéndice de ciertos jesuitas, y no como algo valioso en sí mismo.

2. En más de un caso, con su comprensión personal de la espiritualidad ignaciana, el jesuita implicado en un movimiento laico lo ha influenciado a menudo negativamente. Esta influencia puede llegar a crear una fractura entre los miembros. Además de los problemas de relación, surgen fácilmente facciones que dañan en gran medida al movimiento. Han llegado a producirse verdaderas batallas campales por conflictos que, de hecho, era conflictos entre jesuitas y no entre los miembros del movimiento.

3. Cuando las personas humanas, hombres y mujeres, trabajan juntas y comparten tiempo y preocupaciones, se desarrollan las relaciones. No me refiero aquí a casos raros en los que una relación se transforma en relación de amor y se corona con el matrimonio. Hablo de un normal espectro de simpatía y apatía, acuerdo y desemejanza que facilitan o dificultan la

comunicación y la relación.

Todo esto sucede no sólo entre las personas, sino también entre los grupos. Los elementos de la relación personal interfieren en cuestiones de significado espiritual o eclesial. Las personas se sienten heridas y reaccionan en consecuencia. Por este motivo, las facciones se desarrollan fácilmente entre los miembros. La supervisión es indispensable para ayudarles a afrontar tales situaciones.

4. Un grupo de laicos puede resultar muy atractivo para un jesuita. Pero la apertura y la honradez al compartir cuestiones personales pueden llegar a oprimir al grupo. Esto está en neto contraste con el clima diario de la comunidad jesuita de casa.

Esta experiencia aliena al jesuita de su comunidad y de la Compañía. Pero también puede aumentar su compromiso con la Compañía y desafiarlo a arriesgar más en su propia comunidad jesuita. He experimentado las dos situaciones.

La libertad ignaciana se confunde a menudo con libertinaje. Según los Ejercicios, la libertad es fruto del amor, primer fruto del amor que recibimos del Señor, como respuesta a nuestro amor por él. Este amor nos libera de los afectos desordenados. Y nos capacita para comprometernos en la aventura de las relaciones humanas, que son el manantial tanto de la alegría como de la pena. No podéis tener la primera sin la segunda.